

Pedro, con el corazón encogido y las manos temblando, hubiera querido comunicar alientos á la tórtola. pues veía ya el instante en que iba á perecer. La carnívora ave tocaba ya á su víctima, cuando desde el bosquecillo de encinas un blanco humo subió hacia el cielo, al mismo tiempo que se oyó una explosión y el águila, con mortal herida, cayó en tierra, mientras, que la tórtola desaparecía entre las ramas.

Pedro dejó escapar de su pecho un grito de alegría. La respuesta á su demanda había sido inmediata y clara. El destino había manifestado su intervención de modo innegable y el invisible cazador, cuya bala hubo de dilucidar aquella trascendental cuestión ¿no fué traído tan á punto para dar término á sus angustias? Pero volviendo repentinamente á su ser burlón de antes, rompió á reír, y no creyendo que un tiro al matar un pájaro pudiera arreglar tantas cosas, movió la cabeza, diciendo:

—El trabajo: ese es el verdadero remedio. Desde el día en que le abandoné, me vi perdido. Me he entregado á él otra vez y me salvará.

El sol bajaba por el horizonte, rojo como una braza Pedro levantándose y con él corazón más tranquilo, entró en el pueblo.

## IV.

Era primer día de carnaval, y el casino de Niza, espléndidamente iluminado, se habría para el gran baile. En la plaza Massena, una multitud compacta de curiosos miraba entrar las máscaras y agruparse alrededor del burlesco trono en que dos días antes habían sentado con toda solemnidad al rey del carnaval vestido con un traje lleno de lentejuelas, ostentando en vez de cetro, el juguete simbólico de la locura. La orquesta rugía. efecto de sus numerosos instrumentos de cobre, y el ritmo de los valeses y de los rigodones llegaba á la plaza, ahogado en parte por el murmullo del gentío que, pareciéndose á las movedizas olas del mar, llenaba el vasto edificio, entregado toda la noche á los caprichos y á la fantasía.

La antesala estaba llena de plantas, en las que reflejaban las luces. Una elegante turba de dominos multicolores, con careta ó sin ella, circulaba por el gran vestíbulo, dirigiéndose hombres y mujeres picantes bromas, cuya réplicas volaban como flechas en medio de carcajadas de amorosas persecuciones, y de huídas combinadas con habilidad y coquetería. En la sala se bailaba como en la Opera, en el sitio ocupado por las butacas y por la or-

questa; y en los palcos se sostenían conversaciones galantes y animadas.

Todas las lindas y seductoras mujeres de Mónaco, Niza y Cannes, se habían reunido en aquel local, para recreo de la vista y para dar el asalto al batallón de vividores que buscan el placer, cosa que conseguían excitando su avidez, ya entreabriendo el raso de las capuchas, descubriendo de este modo sus hechiceras formas y la blancura de los desnudos brazos, ó ya levantando los antifaces para enseñar una graciosa sonrisa y el brillo de los ojos.

Se oía el ruido que al cerrarse producen las puertas de los palcos, el roce de la seda, y elegantes máscaras aparecían en los pasillos llenos de damas que se dirigían en busca de aventuras hacia la sala de descanso. Las bromas se cruzaban, y las ingeniosas frases multiplicadas, producían el efecto más seductor, formándose en seguida un círculo de curiosos alrededor de los aludidos que variaban la voz para burlar la curiosidad de los oyentes, gustando, sin embargo, el placer de llamar la atención.

Pequeños grupos de jóvenes pasabas adornados con vistosas flores prendidas en los ojales de sus disfraces y arrastrando su capucha como si fuera un brillante manto: ro-

zábanse sus trajes con los de las mujeres, á las que dirigían alas alegres y bulliciosas palabras.

De pie, en un ángulo, apoyado en la pared y rodeado por cinco ó seis de sus amigos más íntimos, el príncipe Patrizzi hablaba, vigilando al mismo tiempo las idas y venidas de las máscaras que circulaban en el pasillo; se ocupaba con su estado mayor de elegantes vividores, en adivinar el nombre de las mujeres que, creyéndose seguras bajo el velo protector de los disfraces, se divertían en libertad. Había nombrado ya á varias damas y á buen número de señoritas. cuando dejó oír una exclamación de asombro:

—¡Ah! ¡Santiago de Vignes, si, el mismo es!..

Y en efecto, él era, brillante soberbio, con la tez reposada, los ojos luminosos, dejando flotar rico capuchón azul, que le hacía parecerse á un caballero de la época del Renacimiento. Llegaba con la mano extendida, sonriente y feliz, tal como le habían conocido dos años antes aquellos hacia los que se dirigía, y no encorvado y triste, como en él principio de la estación, cuando después de un alegre banquete, el doctor Davidoff había contado varias fantásticas historias. La resurrección era completa, triunfante, casi insolente por el modo que tenía Santiago de dejar ver la ale-

gría de su victoriosa juventud, tan milagrosamente recuperada.

—¿Está usted completamente bueno, Santiago?—preguntó el príncipe.

—Gozo de salud perfecta—replicó el joven.

—Merced á este bondadoso clima, querido amigo: V. era antes un buen vividor y ahora, ya curado, lo volverá á ser...

Santiago se recostó en una columna al lado de Patrizzi, y dejando sobre la abigarrada multitud que ruidosamente se movía, dijo con ardor:

—Y gozo de la vida, mi querido príncipe, como un hombre que ha estado á punto de perderla. Nunca se encontró usted gravemente enfermo, y por consiguiente no puen conocer la melancolía, la languidez que se apodera poco á poco del espíritu á medida que decrecen las fuerzas corporales. La naturaleza entera parece velada por negro crespón; los pocos momentos felices que tienen, están entristecidos al considerar que serán tal vez los últimos de que se goce, y cuanto más ganas se sienten de maldecirlo y de aborrecerlo. Yo que he pasado por ello, puedo asegurar que no hay nada én el mundo tan atroz ni tan doloroso. Así es que ahora, después de salir del infierno, me encuentro en el paraíso. Todo me gusta, me seduce y me encanta, pues he

aprendido á conocer lo que vale la dicha, y sé gozar de ella. El sol me parece más suave, las flores más perfumadas, y las mujeres más seductoras... Es un despertar delicioso y apasionado. que me produce admiración... ¡He estado en el borde del sepulcro... y desde aquel momento data mi verdadero amor á la vida...!

—¡Sea enhorabuena!—exclamó Patrizzi.—Da gusto oír á usted. Su curación es verdaderamente admirable. Pero ahora que me acuerdo... ¿qué cosa es esa tan maravillosa que nos han contado respecto á su enfermedad? ¿No han regalado á usted un alma nueva? Davidoff pretendía que no era usted el que vivía en sí, que era su amigo Laurier, y añadiendo que con mucha suerte, porque Pedro pertenecía á aquellos cuyo centenario se festeja.

Y el príncipe soltó una carcajada que hizo palidecer á Santiago, al mismo tiempo que un ligero sudor empapó su frente.

—Ruego á usted—dijo—que no hablemos de eso. Me ocasiona un gran pesar, pues Laurier fué mi amigo de la niñez y siento y sentiré mucho tiempo su muerte. En todo caso, si viviera yo én su lugar, el mundo perdería no poco en el cambio, porque Pedro era un artista de incomparable talento, mientras que yo seré siempre un ser inútil.

Al pronunciar éstas palabras con tono entre-

cortado y febril, la palidez del joven hubo de acentuarse. Los ojos se le hundieron y el rostro repentinamente se contrajo, hasta el punto de que sus pómulos se pronunciaron y sus dientes se dejaron ver como en el momento de una estridente risa. Ligeramente temblor sacudió sus miembros y se sintió fuertemente molestado. Durante un minuto, así como en fúnebre visión, ofreció a sus amigos el aspecto; no de un ser alegre y lleno de salud, sino el de un agonizante.

Algunos instantes después, la sangre afluyó nuevamente a sus mejillas, la mirada se iluminó, la sonrisa natural se presentó en sus labios y Santiago apareció tan brillante y soberbio, como en el momento de su entrada. Aparentó querer distraerse de una penosa impresión y dando algunos pasos, exclamó con forzada alegría.

—¡Qué noche tan hermosa y qué bien convida al placer! Fuera, todo es ruido y alegría; aquí encanto y seducción...

Apenas acababa de decir estas palabras cuando un dominó blanco, separándose de un grupo de máscaras, se acercó a él y le dijo, modificando la voz:

—¡Encanto y seducción? Pues bien, veamos si tus actos concuerdan con tus palabras.

Y por los agujeros de la careta, la persona

difrazada fijó en el joven una mirada deslumbradora. Santiago sintió un brazo flexible apoyarse en el suyo. No se resistió y dijo alegremente.

—¿Estás en vena de conquistas, hermosa?— preguntó.— ¡Pues bien; encántame y yo te seduciré. Lo uno, sin duda; no será más difícil que lo otro.

Lo del dominó le dió con el abanico un cariñoso golpecito en la mejilla y replicó:

—Te perdono la impertinencia en gracia al cumplido.

Santiago dirigió a sus amigos una maliciosa sonrisa y se perdió con su pareja en medio del gentío.

—¡Vamos, Patrizzí, exclamó uno de los vividores—usted que se precia de conocerlas a todas, díganos el nombre de la que se ha llevado a Santiago de Vignes!

—¡Pardiez! apuesto lo que queráis a que es Clemencia Villa!

—Pronto ha olvidado al pobre Laurier—dijo uno de los que rodeaban al príncipe.

—Santiago sí que no le ha olvidado. ¿Han notado ustedes su angustia cuando le hablé de Pedro? Su rostro, antes sonriente, fresco y sonrosado, se contrajo rápidamente descompuesto. Estaba horroroso; parecía un cadáver arrebolado. Ya recordarán ustedes la descrip-

ción precisa que nuestro amigo Davidoff nos hizo de este enfermo salvado únicamente en fuerza de la confianza. El cimiento de esa curación es muy frágil, nos decía; una sola palabra bastaría para destruirlo. Si la apasionada convicción que ha reanimado á Santiago se debilitara, recaería tal vez para no levantarse más... Es una especie de sortilegio lo que obra en él... está poseído de una idea, y esta posesión es lo que le da esa fuerza prodigiosa.

—Eso es lo que asegura el éxito de los charlatanes, de los empíricos y de los doctores exóticos que lucen multicolores condecoraciones, sospechosas baronías y que especulan con el ardiente deseo que experimentan los enfermos de que los tranquilicen...

—Luego, hay también enfermos imaginarios, que se reponen fácilmente y nuestro amigo de Vignes, me parece pertenecer á esta clase,

Patrizzi movió la cabeza con gravedad:

—Deseo que así sea por su pobre madre.

Ruidosa exclamación le cortó la palabra. Un tropel de máscaras hacía irrupción en la sala de descanso, en medio de gritos y de carcajadas. El grupo, en cuyo centro se hallaba el príncipe se abrió y los que le formaban, se alejaron en diversas direcciones.

Santiago llevando del brazo á la compañera que la casualidad, (así le creía) le había deparado, seguía el pasillo que daba entrada á los palcos, examinando con curiosidad á la mujer enmascarada que le arrastraba con paso rápido como si temiese ser conocida. Al llegar delante de la puerta de un palco proscenio, aquella mujer llamó dando dos golpecitos; abrió otra, sonriente, y haciéndose á un lado los dejó pasar. Luego salió, cerrando la puerta.

Santiago y la dama del dominó se hallaron frente á frente en el antepalco. El jóven se acercó á su compañera y rodeándole el talle con un brazo, procuró con el otro quitarle la capucha y el antifaz; mas ella, echándose atrás con flexible movimiento, apoyó en el pecho de Santiago los encantos de su busto, giró después sobre el talón de sus zapatitos de baile y oyéndose el roce de la seda, se apartó de él á tres ó cuatro pasos de distancia, riéndose y como burlándose; brillaban sus ojos por los agujeros del disfraz y aparecían sus blanquísimos dientes á través del encaje.

Estaba tan seductora así, que el joven corrió hacia ella y abrazándole de nuevo, aproximó á sus labios la provocativa boca que se plegaba voluptuosamente, dándole un beso, que ella le devolvió con ansia. Quiso detenerla, pero escapó por segunda vez y avan-

zando hacia la delantera del palco le dijo, disimulando siempre la voz y amezándole con un dedo:

—Sé cuerdo; si no te mando á que te reunas con tus amigos.

—¿No se puede ser cuerdo á tu lado! —exclamó sonriendo; — pedime cosas que pueda hacer, pero no imposibles.

—Sin embargo, es preciso que me obedezcas, porque si no lo haces me iré y no nos volveremos á ver.

—¿Y si consiento en lo que exiges de mí...?

—Me verás, te lo prometo.

Ella se sentó en el diván del palco y se recostó en la pared, dejando ver entre su antifaz y el traje un cuello torneado de blancura mate, y debajo del plissé ó rizado que adornaba la capucha, una diminuta oreja, colorada como una rosa. Santiago se colocó á su lado con respetuosa frialdad, aún cuando ardiese en deseos; pero aquella misteriosa criatura había, en pocos minutos, trastornado sus sentidos. El jóven se apoderó de su mano y la quitó suavemente el guante; luego llevó aquellos finos y blancos dedos á su boca y empezó á besarlos uno tras otro con avidez creciente. Después le llegó el turno á la muñeca y apoyó sus labios en el mórbido brazo, acariciando con su bigote, aquella carne que

se estremecía á impulso de amorosos efluvios.

Permanecieron así durante algunos segundos con la mirada vaga, sin mirarse y con los oídos ensordecidos por la orquesta, que destrozaba sus instrumentos tocando con furia un rigodón vivísimo. El ruido de los pies pegando contra el piso, los gritos y las carcajadas de los bailarines hacían de la sala una alegre batahola. Y en el fondo de aquel oscuro palco, muy cerca el uno del otro, Santiago y la mujer enmascarada permanecían en absoluta soledad, más libres que si el silencio hubiese reinado á su alrededor. En voz baja y dulce tono, dijo el jóven:

—Me parece que no eres desconocida para mí y que te he visto en otro lugar... ¿No quieres mostrarme el rostro...? Estoy cierto de que si lo haces así, ganarás en vez de perder. Que eres jóven y linda, no puedo dudarlo. ¿Tienes motivos acaso para ocultar tus facciones?

Ella bajó en sentido afirmativo la cabeza.

—¿Aún de mí?

La mujer repitió el gesto; pero su mano un tanto trémula, apretó con más viveza la de Santiago; y tal ardor se desprendía de todo

su cuerpo perfumado, flexible y voluptuoso, que el joven se acercó y, casi arrodillado á los pies de la máscara, la rodeó con sus brazos. Ella no le rechazó y con aliento entrecortado, el corazón palpitante, loca de pasión y sin embargo siempre en guardia, permaneció á su lado, entregándole talle y hombros: pero defendiendo la cara, que no quería descubrir.

—¿En dónde te he visto?—preguntó el joven.  
—¿Ha sido aquí ó en Paris?

Ella no respondió, y él repuso:

—Estoy cierto de haberte encontrado en alguna parte. ¿Te he cortejado?

Una sonrisa se dibujó en los labios de aquella mujer, apartó algo de sí á Santiago mirándole con cierta complacencia y le contestó á media voz:

—¡Eres por demás curioso!

—¿Y cómo no serlo? Todo me dice que te he de adorar; ¿y te admiras de que quiera yo saber quién eres? Lo sabré mañana, pasado ó la semana próxima; ¿por qué no has de contestarme esta noche, en este mismo instante, permitiéndome ver tu rostro? ¿quieres acaso que te ame sin conocerte?

Ella murmuró:

—Tal vez.

—¿Corres algún peligro estando conmigo?  
¿Temes la sorpresa de algún celoso? ¿Ó es que desconfías de mi discreción?

Ella no se movió.

El joven, sonriendo, prosiguió con apasionado acento:

—¡Pues bien, sea! Te amaré desconocida, enmascarada y misteriosa. Lo que en tí amaré no será una dama determinada, sino una mujer. No sabré quién eres, pero te estrecharé contra mi corazón. Tus labios no dejarán escapar tu nombre; pero los besaré. Tus ojos no harán traición a tu pensamiento; más verterán lágrimas de ternura y entre mis brazos, locamente aprisionada, la posesión será completa.

Y hablando de este modo, el joven la estrechaba contra su pecho, y sus alientos se confundían. Un excitante olor, formado por las emanaciones de la mujer y el perfume de los vestidos, envolvía á Santiago y le embriagaba. Con atrevidas manos enlazó el talle de la desconocida que se estremecía, retorciéndose como si se hubiera hallado en medio de vivísima pira. Echó ella la cabeza sobre el hombro del joven, y apoyó los labios en su cuello, que mordió, dejando escapar un grito ahogado. Se entregaba, no veía y sus labios palidécian, cuando, desprendida por lo brusco de sus movimientos, cayó la capucha hacia la espalda arrastrando consigo el antifaz.

Santiago se levantó de un salto y dando un paso atrás, exclamó estupefacto:

—¡Clemencia Villa!

Al oír su nombre, la cómica volvió en sí. Miró á su galanteador que, inmóvil y pálido la devoraba con los ojos, se quitó por completo la capucha y mostrándose en todo el brillo de su radiante hermosura:

—¿Querías saber quién soy?—dijo con voz sorda—pues bien, ya lo sabes.

El jóven inclinó la cabeza y repuso lentamente:

—¡Poco tiempo hace que el pobre Pedro ha muerto por culpa tuya!

—¡Por culpa mía!—replicó ella con viveza. —¿Estás cierto?

Santiago palideció todavía más, y fijando en Clemencia sus ojos como asustado, interrogó:

—¿Crees acaso que la culpa haya sido de otra persona?

—¿No lo sabes?

La cómica se acercó al joven, que desviaba de ella sus miradas y cogiéndole por el brazo con audaz autoridad, le dijo:

—En mi casa ha sido donde ha pasado su última velada. Á mí es á quien ha dirigido sus últimas palabras. Sé lo que todos ignoran, incluso Davidoff. Pedro, cansado de la vida febril que llevaba, perdidas sus ilusiones respecto á su talento artístico y desesperado del porvenir, experimentó un desfalleci-

miento moral y obedeciendo á no sé que cabalística superstición, consagró su muerte á la salvación de un ser querido...

¡Calla!—interrumpió Santiago con un gesto de gran disgusto.

—¿Por que? ¿Tienes miedo acaso de su sombra? No puede estar irritada contra tí, ni hacerte ningún mal... Sabía que yo te amaba y me dijo en el paroxismo de su desencanto de la vida: ¡Te amará más que yo y si subsiste en él algo de lo que fui, será para mí un recuerdo de este mundo y me estremeceré de alegría en mi tumba!...

Al oír esta sacrílega mentira, el jóven fijó en la cómica una mirada de espanto. Quiso marcharse, pero sus piernas rehusaron obedecer á su voluntad. Permaneció sentado en el diván, tan débil como si fuera á desmayarse. Clemencia se inclinó hacia él y enlazándole con sus brazos, comunicándole el calor de su cuerpo, embriagándole en el perfume que de ella se desprendía, aturdiéndole con sus ardientes deseos, prosiguió:

—Te ha dado a mí, me perteneces por su voluntad, y nada puede impedir que me ames, pues en tí, él es quien me ama.

Y Santiago sentía que esto era la verdad y que una misteriosa fuerza le ligaba á aquella mujer, como si Pedro le hubiera trasmitido

con su alma, su tenaz pasión. Sin embargo, se rebeló contra tal tiranía, y olvidándose de su voluptuosa embriaguez, de sus súplicas y de sus deseos, quiso apartarse de la que con tanto ardor estrechaba contra su corazón antes de conocerla. No quería obedecer al muerto, ni consentir en ejecutar sus caprichos póstumos. Recuperó algo de energía, cierto grado de resolución, y levantándose, mostró a Clemencia su tranquilo semblante y le dijo:

—No me dejes engañar por tus encantos, hermosa sibila; además, era inútil que recurrieses á la influencia de los espíritus para establecer tu dominio sobre mí, pues bastaba para ello el magnetismo de tus ojos y lo excitante de tus labios. Has obrado mal mezclando la magia con el amor, pues ahora temeré tus filtros...

—No los necesitaré para ti—repuso Clemencia con calma—y á pesar de todo, que quieras ó no, me amarás.

Santiago movía ya los labios para decir que no; pero ella le cerró la boca con un rápido y fuerte beso, y luego, sin darle tiempo para reponerse de su turbación, ligera como encantadora fantasma, abrió la puerta del palco y salió.

El joven se quedó pensativo durante algunos instantes. El baile continuaba tumultuoso

y sonoro, levantando nubes de polvo que flotaba en el espacio amortiguando el brillo de las luces. En los palcos, los espectadores apoyados en el terciopelo de la barandilla, formaban animados grupos. Una exuberante manifestación de vida había en aquel salón lleno de ruido y de alegría; y Santiago, recordando la miserable y dolorosa existencia que llevara durante las anteriores semanas, se sintió gozoso, pensando que había recuperado la salud y que se hallaba libre y lleno de vigor en aquella plácida noche, después de haber temido que se desvaneciera su juventud.

¡Cuántas veces se había dicho en sombría meditación: «si algún día puedo romper las trabas de mi debilidad, si me reanimo y ceso de inclinarme cada vez más hacia la tierra, ¡qué bien emplearé las horas que el destino me conceda!» Ese sueño se realizaba al fin. El milagro pedido había producido sus fantásticos efectos. La muerte había abandonado su presa, ó más bien, se había apoderado de otra más grande, más brillante y más gloriosa.

El pálido rostro de Pedro Laurier apareció á la vista de Santiago. El pintor, con los ojos cerrados, una amarga sonrisa en los labios y amoratadas las sienes, dormía su último sueño, mecido por las azuladas olas. El eterno ruido del mar y la estridente queja del viento le ar-

rullaban; y subiendo y bajando, tan pronto en medio como en la cima de las olas, rodaba y rodaba por las aguas sin cesar, apartado de la tierra en que tanto había llorado. Santiago seguía con la vista las evoluciones de aquel cuerpo inerte, y aún cuando le aterrizzaba tan siniestra aparición, le calmaba en parte el egoista pensamiento de que su amigo había muerto para que él viviera su vida. Quiso después sustraerse á esta pesadilla que le acometía despierto, hizo un esfuerzo para levantarse, y todo se desvaneció; se tranquilizó su cerebro, y vuelto á la realidad de la existencia, se encontró de nuevo en la sala llena de espectadores, y á sus pies la turba de incansables bailarines. El murmullo de las voces se le había figurado el ruido de las olas, y el mugido del viento le fué asemejado por el sonido de los instrumentos de música. No existían allí fantasmas; todo era real. Santiago estaba lleno de fuerza y el placer se le ofrecía por todas partes.

El joven se pasó la mano por la frente, sonriendo, abrió la puerta del palco, salió al pasillo y circuló por en medio de los grupos. Cerca del salón de descanso se encontró otra vez con Patrizzi, que bromeaba con una mujer; avanzó hacia él, y le dijo con placentero tono, como en el mejor tiempo de su alegre vida:

—¿Cenamos, amigo mio? No faltará aquí una docena de convidados que nos acompañen. Creo que hemos sacado ya de este baile todo cuanto él puede brindar. ¿Quiere usted que nos vayamos?

—¿Qué ha hecho usted de aquella máscara que con tanta gallardía le separó de nosotros?—preguntó el príncipe. —¿La convidó usted? ¿Estará con nosotros durante la cena?

--¡Le he devuelto su libertad!

—¡Vaya un paso!

—¡Elegíaco, amigo mío! ¿no es verdad?

—¿Y no le ha citado para mañana?

—Sí; pero no acudiré á la cita.

En el momento en que Santiago pronunciaba estas palabras, una multitud de máscaras invadió el pasillo y se oyó una risa estridente. El joven palideció y buscó asustado á su alrededor un dominó blanco; pero no vió más que un grupo de jóvenes que pasaban persiguiendo á algunas mujeres enmascaradas. Sin embargo, una voz murmuró á su oído:—¡No seas fanfarron y no mientas; ¿No sabes ya que irás de seguro á la cita?—Le pareció oír la voz de Clemencia Villa y se volvió. Patrizzi era el único que se hallaba á su lado y Santiago dijo: ¡Sí estaré loco! Tomó el brazo del príncipe y con febril viveza,—¡Vamos!—exclamó; arrastrándole consigo.